EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

DOS PÁJAROS DE UN TIRO

JUGUETE CÓMICO

EN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO LARRA Y OSSORIO Y D. MAURICIO GULLÓN.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1887.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1887.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Dos pájaros de un tiro	1	D. Larra y Gullón	Todo.
Entrar por el aro	1	José Morte	»
Las bodas	1	Cid Rodriguez	»
Los dos colosos	1	Manuel Izquierdo	»
Meterse á redentor	3	Miguel Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Ay, amor cómo me has puesto!..	1	D. Tomás Gómez	M.
Barba azul, petit	1	Mangi agalli	M.
Bou-Amema	1	Tomás Gómez	M.
Canutito	1	Manuel Nieto	M.
Chateau Margaux	1	Fernandez Caballero	M.
Con la miel en los labios	1	Sánchez Seña y Comez	L. y M.
Don Dinero	1	Perrin y Palacios	L.
Efectos de la gran vía	1	Rafael M. Liern	L.
El Bazar H	1	M. Fernandez Caballero	M.
El doctor Faustito	1	Tomás Gómez	M.
El siglo de las luces	1	E Navarro	L.
El Sr. Gallina	1	Segovia y Taboada	L y M.
El Sr. Juez	1	Rafael Taboada	M.
El sistema decimal	1	Tomás Gómez	M.
El tío en Indias	1	Manuel Nieto	M.
En las ventas	1	Tomás Gómez	M
En un lugar de la Mancha	1	Larra y Arnedo	L. y M.
La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
La perla Malagueña	1	Tomás Gómez	M.
La pequeña vía	1	Tomás Gómez	1|3 M.
La revolución	1	Fernandez Caballero	M.
La risa del conejo	1	Tomás Gómez	M.
Lista de compañía	1	Larra, Gullón y Caballero.	L. y M.
Manicomio político	1	Tomás Gómez	M
Perico el de los palotes	1	Larra, Gullón y Taboada	L y M.
Por las Carolinas	1	Tomás Gómez	M.
Por sacar la cara	1	M. Fernandez Caballero	M.
Por un capricho	1	Tomás Gómez	M.
se Gisa deco Mer	1	Calixto Navarro	L.
¡Sinfonía!	1	Llanos	L.
Sin los dos	1	Tomás Gómez	M.
Tercero de derecho	1	Signer y Alvarez	L. y M.
Tocador de señoras	1	Llanos	L. y M.
Un gatito de Madrid	1	Segovia y Taboada	L. y M.
Vamos á ver eso	1	Navarro y Fernz. Coballero	L. y M.
Venir por lana	1	Zumel	L.
Vista y sentencia	1	Tomás Gómez	1|2 M.
Una broma en Carnaval	3	Casademunt y Strauss	L. y M.

DOS PÁJAROS DE UN TIRO.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO LARRA Y OSSORIO Y DE MAURICIO GULLÓN.

Estrenado con gran éxito en el Teatro ESLAVA, el 22 de Octubre de 1887.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
TEORPAS

N.º de la procedencia
3389

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA EDUVIGIS.....	SRA. BAEZA.
EMILIA.....	SRTA. MOLINA.
TIMOTEA.....	MURO.
DON LAUREANO.....	SRES. RUIZ.
MARIANO.....	VÉGA.
PACO.....	CARRERAS.

La acción en Madrid.—Época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á JULIO RUIZ.

Queridísimo Julio: El celo y el cariño que has demostrado en esta obra, han sido causa justa para que la opinión del público nos haga decirte en letras de molde, lo que nosotros estamos cansados de saber: que eres un verdadero amigo de tus amigos, que eres *un actorazo* cuando hace falta, y que como dijo el gran Romea, *no son los papeles los que hacen buenos á los actores, sino estos, los que hacen buenos á aquellos*. Permítenos pues estampar tu nombre al frente de este sencillo juguete, en prueba del cariño, la admiración y el agradecimiento que te profesan

Los Autores.

722650

ACTO ÚNICO.

La escena, dividida por el centro, representa dos habitaciones de la casa de don Laureano. La de la izquierda es un gabinete de señora, con floreros, jardineras, muebles pequeños de cretona, costurerito de piés; espejo y cuadritos de buen gusto. La de la derecha es el despacho de don Laureano, con mesa ministro: librería, sillones, panoplias, etc., etc. Ambas habitaciones han de resultar muy elegantes. En el tabique que divide la escena, puerta que abre hacia el gabinete con cerradura visible por la parte de esta misma habitación. En las dos habitaciones puerta al foro. En el gabinete puerta vidriera de dos hojas á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. LAUREANO, á poco EDUVIGIS en el despacho.

LAUR. Nada; ya basta de cobardía; decididamente hoy mismo explano á Emilita mis proyectos. Cierto que mi edad no es la más apropósito para inspirar pasiones, y eso de recibir calabazas al cabo de mis años... Le pediré consejo á doña Eduvigis... es una mujer sensata... y sobre todo ¿quién ha de conocer mejor el corazón femenino... que una femenina? justo, ¡¡Doña

Eduvigis!! (Llamando.) Veinte veces he intentado confesar á Emilia mi secreto, y otras tantas me he quedado mudo al llegar el instante crítico de la revelación: ¡¡Doña Eduvigis!!

EDUV. (Por el foro despacho.) ¿Qué le ocurre á usted?

LAUR. ¿Á mí? Una de las cosas más gordas que le pueden ocurrir á un hombre de mis circunstancias.

EDUV. Buenas están las circunstancias de usted.

LAUR. Pues... las hay peores; pero déjese de bromas y sírvame de consejera en un asunto gravísimo.

EDUV. Vamos á ver.

LAUR. ¿Qué diría usted si yo le confesase que estoy enamorado?

EDUV. Vamos: lo que está usted es loco.

LAUR. ¿Usted no ha amado nunca?

EDUV. No, señor.

LAUR. ¿Ni se ha casado usted nunca?

EDUV. No, señor.

LAUR. ¿Y piensa usted seguir siendo siempre soltera?

EDUV. No, señor; digo... sí, señor.

LAUR. Entonces, no entiende usted ni una palabra de estas cosas; pero no importa... usted es mujer y basta.

EDUV. ¿Cómo basta?

LAUR. Digo que es suficiente. Ya sabe usted que Emilia quedó huérfana y sola hace cinco años de resultas de la muerte de su padre, íntimo amigo mío.

EDUV. Lo sé.

LAUR. Tampoco ignora usted que yo, solo también y entregado por necesidad al horripilante trato de las patronas de huéspedes, tan pronto como fuí nombrado tutor y curador de Emilita, resolví traerla á mi lado instalándome en esta casa y admitiéndola á usted como su dama de compañía, con objeto de tapar la boca á la maledicencia.

EDUV. Nada de eso ignoro.

LAUR. Pero lo que sí ignora usted es que las cualidades de esa niña han ido despertando en mí un sentimiento

agradabilísimo al que no puede darse otro nombre que el de amor.

EDUV. ¡Ya! ¿Conque no solo está usted enamorado, sino que el objeto de ese amor es Emilia?

LAUR. Exactamente.

EDUV. (Riendo.) ¡Já, já, já! ¡Pobre don Laureano!

LAUR. Vamos, menos mal; ¿le hace á usted gracia la noticia?

EDUV. Ya lo creo; ¡cómo no ha de hacerme gracia el ver que un sujeto de su gravedad, de su talento y de sus años, está tocando el violón á toda orquesta?

LAUR. Á ver, á ver; explíqueme usted eso del violón.

EDUV. Pues bien: ya que se presenta una ocasión tan oportuna, sepa usted que desde hace quince ó veinte días he notado que el corazón de Emilita late con demasiada violencia. (Con gravedad cómica.)

LAUR. ¡Demonio! ¿Serán palpitaciones nerviosas? (Preocupado.)

EDUV. No, señor; nada de eso; no se trata de una enfermedad, sino de una pasión... Emilia ama... (Con misterio.)

LAUR. ¿Que ama? ¿y á quién?

EDUV. Lo ignoro, pero ama: cuando una joven de quince años lanza suspiros entrecortados, busca la soledad y pasa horas enteras mirando al techo...

LAUR. ¡Bah! Eso no es una prueba, puede que haya visto alguna telaraña...

EDUV. Usted sí que debe tener telarañas en los ojos para no haber visto...

LAUR. Bueno; pues será otra cosa, porque no creo que el mirar al techo sea una gran prueba de amor, á menos que no esté enamorada del gancho de la lámpara.

EDUV. Piense usted lo que quiera, yo le aseguro que la huerfanita está enamorada, y mucho!

LAUR. ¿Pero de quién?

EDUV. Repito que lo ignoro.

LAUR. Vamos, lo que usted quiere lograr es que yo ¡desista

de mi empeño de casarme con Emilita porque le da á usted lástima que una joven...

EDUV. No, señor; porque me da lástima que un viejo haga inútilmente el cadete; y si no, libre es usted para hacer lo que quiera. Declárese usted á ella y le auguro las calabazas más grandes que se han dado en la vida.

LAUR. ¡Pero doña Eduvigis!...

EDUV. ¿No quería usted saber mi opinión? Pues ya la sabe; usted lo pase bien. (Vase por el foro hacia la izquierda.)

ESCENA II.

D. LAUREANO, á poco EMILIA.

LAUR. ¿Será verdad, Dios mío? ¿Estará Emilia enamorada? Salgamos pronto de dudas; valor; si ha de suceder... más vale saberlo á tiempo; la declaro mi amor y ella se explicará... ¡Emilia! ¡Emilia!

EMILIA. Voy, don Laureano. (Desde dentro.)

LAUR. Ya viene; tiemblo como si esta fuese mi primer campaña amorosa.

EMILIA. ¿Llama usted? (Muy triste y pasando al despacho desde la puerta vidriera del gabinete.)

LAUR. Sí, hija mía; pero ¿qué es eso? ¿estás enfadada?

EMILIA. No, señor, estoy triste... aburrida.

LAUR. ¿Por qué? (Con gran interés.)

EMILIA. Porque todas las jóvenes de mi edad entran, salen, brillan, se divierten, tienen novio...

LAUR. (Veo que no iba descaminada doña Eduvigis.)

EMILIA. Y en cambio, yo aquí siempre metida... nadie me ve... nadie me habla... condenada á tutor por la mañana... tutor por la tarde... tutor por la...

LAUR. Adelante: adelante.

EMILIA. Desde la otra noche que me llevó doña Eduvigis al teatro de Variedades, no he vuelto á pisar la calle.

LAUR. Y ¿qué falta te hace á tí nada de eso, teniendo dentro

de casa cuanto deseas? vestidos, alhajas. (Con intención.)

EMILIA. Sí, señor, todo es muy cierto, y estoy agradecidísima...

LAUR. Es que yo quisiera encontrar en tí algo más que agradecimiento! (Buena puntadita!) porque una joven de tu edad... debe experimentar... cierta clase de sentimientos... y porque el corazón engendra... á veces grandes pasiones... las cuales dulcifican... y embellecen... los caractéres... de las personas.

EMILIA. ¿Pero á qué viene todo eso?

LAUR. No lo sé, es decir... sí lo sé... todo eso viene á demostrarte que mis afecciones hácia... una persona que tú conoces muchísimo, son inmensamente más profundas de lo que parecen.

EMILIA. No comprendo.

LAUR. Pues bien, queridísima y angelical Emilita, ya es hora de que lo sepas. (¡Valor!) Yo estoy enamorado!

EMILIA. ¿Es posible, querido tutor? y de quién? (Con alegría.)

LAUR. ¿De quién? pues... de... (Sin atreverse á decirlo.)

EMILIA. ¡Ah! Dice usted que á esa persona la conozco yo muchísimo? (Creyendo adivinar algo.)

LAUR. ¡Ya lo creo!! (Con intención.)

EMILIA. ¿Y vive en esta misma casa? (Id.)

LAUR. ¡Justo! (Id.)

EMILIA. Ya sé quien es; doña Eduvigis. (Laureano queda inmóvil y mirándola asombrado.)

LAUR. Doña Eduvigis... eso es... Doña Eduvigis. (Nada; yo no se lo digo!)

EMILIA. Pues eso nada tiene de particular. Usted es un señor muy amable... muy cariñoso... muy espléndido... y ella... una señora muy fina... virtuosísima... y todavía no es una vieja.

LAUR. No, no es una vieja. (Es vieja y media.)

EMILIA. ¿Y la ha dicho usted ya algo de sus pretensiones?

LAUR. Todavía no; me parece demasiado pronto.

EMILIA. ¿Pronto para casarse á los sesenta años? Pues si es-

pera usted un poco más...

LAUR. Es verdad, no puedo perder mucho tiempo.

EMILIA. Nada, eso es que le falta á usted valor para declararse... y yo me encargo... (Medio mútis.)

LAUR. ¡No! no le digas ni una palabra... esos son asuntos muy delicados y... Déjame, déjame un momento; voy á reflexionar á solas...

EMILIA. Bueno; pues hasta ahora, querido tutor, y sea enhorabuena!

LAUR. Adios, hija mía: (Dándola un abrazo.) (¡Algo se pesca.!) (Emilia pasa al gabinete.) Nada, no me ha comprendido... claro! es una niña todavía. (Se sienta en el sillón de la mesa y se queda pensativo.)

ESCENA III.

LAUREANO y TIMOTEA; EMILIA, y á poco DOÑA EDUVIGIS.

TIM. (Por el foro del despacho con cartas y periódicos.) Señor, el correo.

LAUR. Trae aquí, distraigamos la imaginación. (Timotea deja los papeles en la mesa y se va.)

EMILIA. (Después de una pausa.) No; pues aunque se oponga mi tutor quiero ser yo la primera en darle esa buena noticia. (Cerrando sin llave la puerta de comunicación.) Doña Eduvigis! se lo iré diciendo poco á poco para ver el efecto que le hace.

EDUV. (Por el foro del gabinete.) Aquí está doña Eduvigis: ¿qué ocurre?

EMILIA. (Maliciosamente.) Venga usted aquí... señora mía... estamos de enhorabuena!..

EDUV. Así parece: hay novedades!!

EMILIA. ¡Hola! ¿Lo sabía usted ya?... (Se sientan.) Y cómo es que no me ha dicho usted ni una palabra?

EDUV. Porque no lo he sabido hasta hace un instante.

EMILIA. Vamos, lo mismo que yo.

EDUV. ¿De modo que por fin ha tenido valor para decírselo á usted?

EMILIA. Si; pero no importa; yo soy muy reservada y nadie sabrá una palabra.

EDUV. No; lo que es por mí puede usted decírselo á todo el mundo! Y vamos á ver, con franqueza, ¿qué le ha parecido á usted la noticia?

EMILIA. ¿Á mí? ¡Perfectamente! Don Laureano es un hombre sumamente simpático, y sobre todo... muy rico.

EDUV. (¡Hola! ¡pues no es interesada la niña!) Pero sacrificar las naturales inclinaciones de una joven .

EMILIA. (¡Me gusta el descaro! aun se cree joven.)

EDUV. En fin; yo le he dicho que lo creo un absurdo... una chifladura impropia de sus años; y no contenta con eso, le he declarado, que está usted enamorada de un jóven.

EMILIA. ¿Y eso qué le importa?

EDUV. ¿Á quien? (Con extrañeza.)

EMILIA. Á mi tutor.

EDUV. ¡Ah! ¿No le importa? (No creía yo que tuviese la manga tan ancha.)

EMILIA. ¿Qué tiene él que ver con que yo tenga veintisiete novios? mientras la que esté enamorada no sea usted...

EDUV. Y á él, ¿qué le importa que yo esté enamorada de todo el género masculino? (Con naturalidad.)

EMILIA. ¡¡Qué atrocidad!! Pero señora, siendo usted la que se vá á casar con él...

EDUV. ¿Con quien? (Con extrañeza.)

EMILIA. Con mi tutor.

EDUV. (Asombrada.) ¡¡Pero niña!! Si la elegida de don Laureano es usted! (Levantándose las dos.)

EMILIA. ¿Yo? (Asombrada.)

EDUV. ¡Así me lo ha asegurado hace un momento!

EMILIA. ¡Y á mí me ha confesado todo lo contrario!

EDUV. ¡Ó habremos entendido mal!

EMILIA. ¡Ó habrá querido reirse de las dos! (D. Laureano dá un golpazo en la mesa y se levanta rápidamente al leer una de las cartas.)

LAUR. ¡¡Dios mío!! ¡Y yo que me creía libre de él para siem-

pre! ¡¡Doña Eduvigis!! (Llamándola con gran agitación.)

EDUV. ¿Qué ocurre? (Pasando al despacho.)

EMILIA. ¿Qué sucede? (Id.)

LAUR. (Disimulando.) Nada; hija mía: para ti, nada: haz el favor de marcharte: es un asunto secreto...

EMILIA. ¿Secreto? Pues hasta luego... (Pasando al gabinete.) (Yo me voy al mirador, para ver si pasa aquel joven.) (Vase por el foro del gabinete.)

ESCENA IV.

DOÑA EDUVIGIS y D. LAUREANO en el despacho.

EDUV. ¿Pero qué es eso, don Laureano? ¿Qué tiene usted?

LAUR. ¡¡Una desgracia horrible!! ¡Mariano, el hijo de mi hermano, que como usted sabe se halla desde pequeñito en una de las principales casas de comercio de Barcelona, me anuncia en esta carta, que debe llegar á aquí mañana! ¡Es decir... hoy!... ¡¡hoy mismo!! ¡por que la carta trae un día de retraso!

EDUV. ¿Y qué mal hay en que venga?

LAUR. Escuche usted: (Leyendo la carta.) «Querido tío: hace »cerca de cinco años que no ha venido usted por aquí, »y que contra su costumbre, no ha vuelto usted á en»viarme ni una sola peseta.» (Dejando de leer.) ¡Naturalmente! como que después de estar alimentando sus vicios durante muchísimos años, he sabido que es un derrochador, un calavera... ¡¡un... perdido!!

EDUV. Adelante. (Laureano sigue leyendo con agitación.)

LAUR. «Por mi padre he sabido que hace cuatro años reco»gió usted á una bellísima joven huérfana, y ella es sin »duda la que me usurpa el cariño y el dinero que an«tes me prodigaba usted sin tasa; como esto no es jus»to, he determinado hacer á usted una visita para co»nocer á esa joven y ajustarle á usted las cuentas. »Mañana en el correo llegaré á Madrid.» (Deja de leer.) ¿Lo oye usted? Viene... ¡Viene á conocer á Emilia!

¡¡Á arruinarme!! ¡quizá Emilia se enamore de él! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cómo impedirlo? (Muy agitado.)

EDUV. Pues señor, muy fácilmente, en cuanto llegue toma usted por pretexto su mala conducta y se le pone de patitas en la calle.

LAUR. Eso no es posible, echar de mi casa al hijo de mi hermano; su pobre padre no tiene la culpa de nada y le costaría un disgusto horrible.

EDUV. En ese caso...

LAUR. Es preciso hallar un medio ingenioso... seguro... por ejemplo... decir que no vivo ya aquí... que me he muerto... que me he mudado y no se sabe á donde... en fin... invente usted: discurra lo que quiera... porque yo no acierto... Lo importante es que yo no le vea... que él no vea á Emilia... porque...

EDUV. Yo creo que lo primero es avisar á la portera para que no le diga...

LAUR. ¡Justo! llámela usted. (Se oye un fuerte campanillazo.) ¡¡Ah!! ¡¡Ya está ahí!! ¡¡que no entre!! (Aterrado.)

EDUV. Al contrario: que entre, y mientras yo le entretengo aquí con cualquier historia, usted hace que Timotea baje á la portería...

LAUR. ¡Justo! (Se ve cruzar por el foro del despacho á Timotea, de izquierda á derecha.)

EDUV. (Deteniéndola.) No: no abrá usted; yo abriré. (Suena otro campanillazo mas fuerte.)

LAUR. ¡Y viene de mano armada!

EDUV. (Gritando.) ¡Ya van! (Vase por el foro del despacho, hacia la derecha.)

LAUR. (Cogiendo de la mano á Timotea y pasando con ella al gabinete.) Ven á aquí, tengo que darte un recado. (Cerrando con llave la puerta de comunicación.) ¿Y la señorita Emilia?

TIMOT. Creo que está en el mirador de la sala.

LAUR. Dile que venga inmediatamente. (Vase Timotea por el foro del gabinete, hacia la izquierda. Laureano cae sentado con la cabeza entre las manos.) ¡¡Dios mío!! ¿Qué se le habrá ocurrido á doña Eduvigis?

ESCENA V.

D. LAUREANO, luego EMILIA en el gabinete, DOÑA EDUVIGIS, PACO y MARIANO en el despacho, este último con mantas y cartera de viaje.

EDUV. (Desde el foro del despacho.) Bueno: pasen ustedes, pero ya les digo que vienen equivocados.

LAUR. ¡Ya está ahí! ¡y no viene solo! (Mirando por el ojo de la cerradura después de quitar la llave y guardársela.)

PACO. (Reparando en doña Eduvigis) (¿Qué veo? ¡la madre de la niña de Variedades!)

MAR. Pero señora; díganos usted.

LAUR. (Sigue mirando.) ¿Quién será ese tipo que viene con mi sobrino?

MAR. ¿No es esta la calle de la Montera?

EDUV. Si, señor.

MAR. ¿No es este el número treinta y uno?

EDUV. Si, señor.

MAR. ¿No estamos en el piso tercero?

EDUV. Si, señor.

MAR. ¿Y no vive aquí don Laureano Gutierrez?

EDUV. No, señor: es decir... si, señor; aquí ha vivido un caballero de ese nombre... pero como esta es una casa de huéspedes...

LAUR. (Escuchando por la cerradura y contentísimo.) (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

EDUV. En la que todos los días están entrando y saliendo pupilos...

PACO. (Triste.) (¡Era hija de una patrona!)

MAR. (Pensativo.) (¡Qué cosa más extraña! ¿Mi tío en una casa de huéspedes?) ¿Y no sabe usté á dónde se ha mudado ese caballero?

EDUV. Lo ignoro por completo.

PACO. ¡Pues nos hemos lucido!

MAR. No; todo es cuestión de paciencia, nos dedicaremos desde mañana á buscarle por todo Madrid, en los ca-

fés, en los teatros, en los paseos.

LAUR. (Que sigue escuchando.) (¡Muy mal! ¡Muy mal!)

MAR. Y en tanto que parece, puesto que estamos ya en una casa de huéspedes, ¿para qué buscar otra? aquí me quedo.

LAUR. (Aterrado.) (¡María Santísima!)

EDUV. ¿Cómo? .. (Con vacilación.)

PACO. ¡Muy bien pensado! (¡Así tendré ocasión de verla y hablarla!)

MAR. (Viendo la vacilación de Eduvigis.) ¿Qué, le parece á usted mal?

EMILIA. (Entrando por el foro del gabinete y viendo la postura de don Laureano.) ¿Pero querido tutor, qué hace usted en esa postura? (Laureano hace señas á Emilia para que calle y vuelve á mirar por la cerradura, Emilia le observa con extrañeza.)

EDUV. No, mal, no señor... pero el caso es que ahora tengo todas las habitaciones ocupadas.

MAR. No importa: para dos ó tres días que es lo que tardaré en encontrar al perdido de mi tío...

LAUR. (¡Qué grosero!)

MAR. Me meteré en cualquier cuarto: aunque sea en el de la criada; ó en el de usted.

EDUV. Pero joven...

MAR. Nada, nada: la pagaré á usted bien y en paz. Conque anda, Paco; baja, paga al cochero y haz que suban la maleta.

EDUV. No, no se moleste usted; yo iré... (Voy á contárselo todo á don Laureano.) (Vase por el foro del despacho.)

LAUR. (Aterrado.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Lo que ha hecho esa mujer!

EMILIA. Pero don Laureano: ¿me puede usted explicar?... (Entra doña Eduvigis por el foro del gabinete.)

EDUV. (Á media voz.) ¿Sabe usted lo que pasa?

LAUR. Sí, señora. ¡Lo sé todo! ¡Lo he oído todo! ¡Se ha lucido usted! (Paco y Mariano fuman, hablan á voz baja, etcétera, etcétera.)

EMILIA. (¿Qué pasará?)

EDUV. ¿Y qué iba yo á hacer? Todo se reduce á que Emilia y usted pasen aquí encerrados dos ó tres días.

EMILIA. (Sorprendida.) ¿Encerrados? ¿Por qué?

EDUV. ¿Bajó Timotea á avisar á la portera?

LAUR. No, señora. Yo no le he dicho...

EDUV. Pues voy yo misma á prevenirla... ¡Pero quítese usted de ahí .. que pueden verle por la cerradura! (Don Laureano da un salto y se quita de delante de la cerradura de la puerta de comunicación.)

LAUR. ¡Caracoles! (Vase doña Eduvigis por el foro del gabinete hacia la derecha y cruza en la misma dirección por el foro del despacho.)

EMILIA. (¡Dios mío! ¡Se habrán vuelto locos!) (Laureano ve que al quitarse él ha quedado Emilia frente al ojo de la cerradura.)

LAUR. (Con rapidez.) ¡Tú, niña! ¡Fuera de ahí! ¡En seguida!

EMILIA. (Dirigiéndose al foro.) ¡Ya me voy!

LAUR. (Deteniéndola.) ¡No! ¡Por ahí no! ¡Á tu alcoba! ¡Métete en tu alcoba! (Empujándola hacia la puerta vidriera.)

EMILIA. Bueno. (Pero señor, ¿qué pasa aquí?) (Vase por la puerta vidriera.)

LAUR. ¡Uy! ¡Y esta puerta no se puede cerrar! Pues lo que es por aquí no entran! (Encaja la puerta del foro del gabinete y figura sujetarla con los cordones ó estambres que haya en el costurerito, ó con lo que el actor crea más apropósito.)

ESCENA VI.

LAUREANO en el gabinete, PACO y MARIANO en el despacho.

Durante la escena siguiente el actor encargado del papel de D. Laureano debe suplir con la mímica y la vis cómica la falta de diálogo. Mira y escucha varias veces por distintos sitios de la puerta de comunicación. Coloca varios muebles delante de la del foro, etc., etc.

MAR. En fin, querido Paco; el caso es que ya me tienes en Madrid, y que tan pronto como encontremos á mi tío, te pagaré los mil reales que has tenido la heroicidad

de prestarme por medio del correo. Gracias á tí he podido emprender este viaje de exploración, (D. Laureano escucha y mira dos ó tres veces por la cerradura.) y gracias á tí me encuentro en la villa del Oso y el Madroño completamente desconocida para mí.

PACO. Por eso, en cuanto recibí tu telegrama decidí bajar á la estación para constituirme en tu inseparable compañero, como lo he sido en Barcelona durante cuatro años.

MAR. Pero chico, ¡qué cosas tan extrañas suceden en la vida!

PACO. ¡Ya lo creo! Mas ¿á qué viene?...

MAR. ¿Te parece poco extraña la desaparición de mi tío?

PACO. Sí; pero tú ignoras una cosa aún más extraña.

MAR. ¿Cuál?

PACO. Que tú buscas y no encuentras, mientras yo encuentro sin buscar.

MAR. ¿Cómo?

PACO. Es muy probable que matemos dos pájaros de un tiro; porque tengo la seguridad de que quien vive aquí es una encantadora joven, de la que estoy ciegamente enamorado desde hace ocho días; la otra noche la ví en el teatro de Variedades, y aunque á la salida quise seguir sus pasos, la perdí de vista entre la multitud.

MAR. ¿Y cómo sabes que aquí...

PACO. Porque esa señora que nos ha recibido es la misma que la acompañaba la otra noche, y debe ser su madre... ó su tía.

MAR. Ó su abuela. Pero chico, francamente, á mí todo eso me es indiferente. Lo que yo quiero es encontrar á mi tío.

PACO. ¿Dónde habrá ido á parar ese buen señor?

MAR. Por más que hago, no puedo convencerme... La nota que me ha dado mi padre, dice así: (Sacando del bolsillo una tarjeta.) «Calle de la Montera, 31, tercero.»

PACO. Dime. (Dándose una palmada en la frente.) ¿y no puede ser

todo esto una farsa de tu tío para librarse de tí? Porque según me has contado....

MAR. ¡Es muy posible! ¡Paco, tienes un gran talento! ¡Le conozco perfectamente! Ese tío, ó se ha marchado á la calle, ó está escondido aquí en alguna habitación esperando á que nos marchemos.

PACO. ¡Todo es posible!

MAR. ¡¡No posible... indudable!!... y como llegue á vivir aquí; como esa niña, de la que estás tan enamorado sea por casualidad la misma joven de quien mi tío es tutor, prometo pagar todos los favores que te debo, obligando á mi tío á que te dé su mano.

PACO. ¿Pero crees que consentirá? (Con gran alegría.)

MAR. Si no, peor para él: en menos de un año le dejo sin un céntimo.

PACO. (Abrazándole con efusión.) ¡Gracias! ¡muchísimas gracias!

MAR. Bueno! déjate de eso y no perdamos el tiempo; es preciso que nos convenzamos de la realidad: yo he venido á Madrid á buscar á mi tío, y le busco.

PACO. Chico...

MAR. Voy á registrar toda la casa, primero aquí. (Procurando abrir la puerta de comunicación de las dos habitaciones en el momento en que Laureano está observando por la cerradura.)

LAUR. ¡Caracoles! (Dando un salto y sujetando la puerta.)

MAR. ¡Está cerrado! ¿Lo ves? ¡Aquí, debe estar encerrado el gato!

PACO. Y la gata. (Por Emilia.)

MAR. Puede, voy á ver si el escondite de esa gatería tiene otra entrada; quédate aquí á la espera.

PACO. ¿Pero y si te ven registrando la casa?

MAR. Eso quiero, que me vean y verles yo á ellos, hasta ahora. ¡Si encuentro á la gatita, te la traigo! (Vase Mariano por la puerta del foro del despacho, hacia la izquierda. Paco queda un momento pensativo. D. Laureano, que habrá quitado de la cerradura la llave, guárdandola en un bolsillo, se pone á escuchar por la cerradura.)

ESCENA VII.

PACO en el despacho, LAUREANO en el gabinete.

PACO. Pues señor, yo no sé si vivirá aquí ese tío; pero lo que es ella tiene aquí su nido, y yo tampoco me voy sin verla y hablarla. ¿Por dónde andará? ¿Será efectivamente la pupila de?... pero si no lo es, ¿por qué se esconde?

LAUR. (Escuchando.) ¡Qué silencio! ¿Se habrán ido?

PACO. Estará en esa habitación? si yo pudiese verla siquiera... (Acercándose á la puerta de comunicación.)

LAUR. (Pegando el oido derecho al ojo de la cerradura.) No se oye nada.

PACO. (Mirando por la cerradura.) No se ve nada. Á ver si oigo algo. (Aplicando el oído á la cerradura. Debe cuidarse de que los movimientos de ambos sean simultáneos.)

LAUR. (Repite el juego.) No veo á nadie.

PACO. Este agujero debe estar tapado... si yo pudiera... (Buscando con la vista algún objeto que introducir en la cerradura.) ¡Ah! ¡Sí, con esto! (Cogiendo de encima de la mesa un portaplumas y metiéndole por la cerradura con cuidado.)

LAUR. ¡¡Caracoles!! ¡Aquí debe haber un bicho! (Separando de repente el oído, por donde figura que le ha metido Paco el portaplumas, y soplando luego con fuerza por la cerradura.)

PACO. (Tapándose los ojos con la mano y retirándolos de la cerradura.) ¡Uy! ¡Esta puerta debe dar á una azotea! ¡Qué viento tan fuerte! Y Mariano no vuelve... ¿habrá encontrado á su tío? ¿Habrá encontrado á la pupila?... ¡Caracoles! No, pues lo que es eso, no lo consiento. (Vase corriendo por el foro del despacho hacia la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. LAUREANO y EMILIA, que sale por la puerta vidriera, á poco DOÑA EDUVIGIS por el despacho.

EMILIA. Pero querido tutor, ¿se ha propuesto usted que este-

mos aquí encerrados toda la noche?

LAUR. Y todo el día, y toda la semana, si es necesario.

EMILIA. ¿Necesario? ¿Pues qué pasa? ¿Qué misterios son estos?

LAUR. (¿Qué la diré?) Aquí no hay misterios, lo que ocurre sencillamente... es... que.., (Sigue hablando con Emilia en voz baja.)

EDUV. (Entrando.) Ya he prevenido á toda la vecindad, pero calle, no están... habrán visto ya á don Laureano y estarán con él en el gabinete? (Llega á la puerta de comunicación, y dá dos golpecitos con la mano.)

LAUR. (Asustado al oir los golpes.) ¡Ya están ahí!

EMILIA. ¿Quiénes? (Con impaciencia.)

LAUR. (Empujando á Emilia hacia la puerta vidriera.) ¡Nadie! ¡Á la alcoba!

EIMLIA. ¡Pero...

LAUR. ¡Silencio! (Obligándola á entrar en la alcoba.) ¡Á la alcoba!

EDUV. (Con misterio.) (¡Don Laureano!)

LAUR. Esa voz... Es doña Eduvigis. (Sacando del bolsillo la llave y entreabriendo la puerta.) ¿Qué hay? ¿Se han ido? (Á media voz.)

EDUV. No sé; yo creí que estaban con usted. (Á media voz.)

LAUR. ¡Quiá! ¡No, señora!

EDUV. Pues á la calle no han salido.

LAUR. Entonces estarán en la bohardilla. (Se oyen voces dentro.) ¡Ah! ¡Ellos son! (Cerrando con fuerza la puerta y cogiendo con ella la mano que doña Eduvigis habrá apoyado en el quicio.)

EDUV. ¡Ay! (Dando un grito y retirando de pronto la mano.) Que me ha cogido...

EMILIA. (Saliendo.) ¿Qué es eso!

LAUR. ¡Qué la han cogido!

EMILIA. Pero ¿quién?

EDUV. ¡Mi mano! (Cae sentada en una silla del despacho junto á la puerta.)

LAUR. Mariano; que la ha cogido Mariano.

EMILIA. ¿Qué Mariano? Yo voy á ver. (Queriendo pasar al despacho.)

LAUR. ¡No! Déjala; que la cojan; lo importante es que no nos cojan á nosotros.

EDUV. ¡Em ilia! ¡Don Laureano! (Con tono lastimero.)

EMILIA. ¿Qué quiere usted?

EDUV. ¡Pronto, árnica! ¡Una venda! ¡Que me ha destrozado usted la mano!

LAUR. ¡Qué barbaridad! (Asustado, abriendo la puerta con rapidez.)

EMILIA. ¡Lo ve usted! (Pasan los dos al despacho y quedan de espaldas á la puerta del gabinete.)

LAUR. Á ver... á ver...

EMILIA. Pero cómo ha sido...

EDUV. Con la puerta...

LAUR. Aquí esta el árnica. (Sacando un frasco, una venda y un trapo blanco de la parte baja de la librería. D. Laureano y Emilia envuelven con la venda la mano de doña Eduvigis. La puerta de comunicación debe haber quedado entreabierta.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PACO, y después MARIANO por el foro del gabinete.

PACO. (Que aparece en la puerta y queda casi tapado por los muebles que puso antes D. Laureano.) ¡Anda, anda! ¡Una barricada! Y habían atado por dentro esta puerta! ¡Al asalto! Este debe ser el gabinete de mi encantadora... (Saltando por encima de los muebles.) pero, ¿qué veo? sí; es ella, (Viéndola por la puerta de comunicación.) la misma! ¡Y con un viejo! ¡Ese es indudablemente el tío de Mariano! ¡Han caído en la ratonera!... No, pues por aquí no se van... (Cerrando disimuladamente con llave la puerta de comunicación.)

MAR. (Entrando también por encima de los muebles.) ¡No hay ni un alma en toda la casa! ¡Paco! (Viéndole.)

PACO. ¡Chis! Silencio! ¡Ven acá! ¡Ya han caído! (Con gran alegría.)

MAR. ¿Sí?

PACO. Mira por este agujero. ¡Es ella!

MAR. ¡Es él! ¡Don Laureano! (Mirando por la cerradura y llamando á D. Laureano con voz fuerte y bronca.)

LOS TRES. ¡Ay! (Asustados en el despacho.)

EDUV. ¡Son ellos!

LAUR. ¡Cá! Si he atado yo aquella puerta... y he puesto delante todos los muebles!...

LOS DOS. Buenas tardes. (Abriendo de pronto la puerta de comunicación y presentándose en el despacho.)

EMILIA. (¡Es él!) (Conociendo á Paco.)

LAUR. ¡Cielos! ¡Mi sobrino!

MAR. Sí, señor; su sobrino; queridísimo tío, que á pesar de ocultarse usted tanto renegando de su casta; es decir, de mí, ha logrado dar con su escondite; pero no vengo dispuesto á saquear á usted, sino á servir de padrino en la boda de esta señorita con mi íntimo amigo don Francisco Mediavilla, á quien tengo el honor de presentar á ustedes... (Tirando con disimulo de la americana á Paco.)

LAUR. Más, esa boda...

EDUV. Sí, señor; se conocen hace tiempo.

MAR. Se adoran, y si usted les dá su permiso, yo le doy mi palabra de no volver á pedir á usted ni un céntimo, y de regresar á Barcelona tan pronto como se efectúe el matrimonio. (Haciendo señas á Paco.)

PACO. (¡Pero chico!)

MAR. (¡Calla, tonto! Tú, cásate, que luego yo le ajustaré las cuentas.) (Con rapidez á Paco.)

EDUV. ¿Ve usted cómo yo tenia razón?

LAUR. Pero, niña... pero, caballero...

PACO. Señor mío: yo la adoro.

EMILIA. Sí, señor... y yo le correspondo.

MAR. Conque tío, déles usted ahora mismo su consentimiento...

LAUR. (Si me niego, es muy capaz de arruinarme en cinco días.) (Á Doña Eduvigis.)

EDUV. (Pues ya sabe usted el remedio.) (Á D. Laureano.)

EMILIA. Tutor... (Suplicante.)

PACO. Tío... (Id.)

LAUR. No hay más que hablar, pero...

PACO. ¡Es usted un tío de primer órden! (Á Mariano.) ¡Ves

como al fin hemos matado DOS PÁJAROS DE UN TIRO!

MAR. ¡Y vaya un par de pájaros! Ahora cada cual á su obligación. Ustedes á la Vicaría. (Á Paco y á D. Laureano.) Usted á encargar su equipo. (Á Emilia.) Yo, á descansar del viaje; usted... (Á Doña Eduvigis.)

EDUV. Sí, á la casa de Socorro.

MAR. (Al público.) Y ustedes...

LAUR. Calla, hombre; ¿te lo vas tú á decir todo? (Al público.)

Ustedes á realizar
el bien único á que aspiro.

MAR. *¿Cuál?*

LAUR. *Que aplaudan á rabiar*
si es que no quieren matar
á dos autores de un tiro.

(Telón.)

FIN.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.